

Si á tu ventana llega un papelito,
Abrelo con cariño, que es de Benito;
Mira que te precua felicitá,
Mira que le acompaña la libertá.

Tal fué la famosa celebración del diez y seis de Septiembre en la Noria Pedriseña.



CAPITULO X

De camino

I

DE la Noria á la hacienda de Sobaco y del Sobaco á Nazas, tuvieron que sufrir más los expedicionarios.

Una mañana se despertó Brambila cuando era ya día bien entrado: le llamaron á la vida unas risas que resonaban en la pieza vecina á la suya y que parecían venir empapadas en humedad y en alegría. Acababa de llover, y el rigor de aquel insoportable verano se había mitigado un tanto, sin que en los limbos del sueño reparador pudiera el que descansaba discernir si las risas influían sobre la frescura del ambiente ó si el aire saturado de humedad volvía más transparentes y más suaves las risas que llegaban á halagarle el oído. Al fin, poniendo más cuidado, recogió voces como:

— A ver, ¿cómo hace tu papá cuando se pone á escribir?... ¡Jesús, qué cara tan furiosa!... A ver, otra vez... Eso, eso...

— ¿Quién es el encanto de la casa?

— Yo... atilla, respondió una vocecita temblona y llena de presunción.

— Don Yo de Castilla, rey del mundo, hijito rico... ¿Quién le haría tan lindo?... Pepe, Pepito, levántate para que veas á Nachito hacer sus gracias... Sí, vida mía, sí, chiquitito, sí, primor, papá... pa... pá... pa... pá... Hazle el *pon pon*... ¡Mira qué lindo viene tu padre!...

Y el mamón con su boquilla desdentada decía poco á poco: «*pon... pon... pon*».

— Pero dílo bien, hijito: *pon, pon, mediecito pal bordón... Pon pon, tata, mediecito pa la papá...*

— Una tortillita... Andale. ¿No? Míralo, es de caprichudito y de sostenido como su tata... Andele, no sea tontito; mi niño no es fastidioso... Tortillitas de manteca para mamá que está contenta... Tortillitas de salvado para papá que está enojado... Bueno, ¿no lo haces? Ya me enojé... Voy á llorar... ¡Si no estoy llorando, tonto!... ¿Cómo hace el perro?

— Gua-gua...

— ¿Y el caballo? ¿Cómo hace el caballito?

— Jiiii...

— ¡Qué mono!... ¡Si es un primor este hijito que yo

tengo!... ¡Pero si no haces caso, hombre, por Dios!.. Fíjate... ¡Qué padre tan tonto te ha dado Dios, vidita!.. ¿No? ¿Quieres de veras á tu padre?... ¡Mira cómo te quiere!... Tan mono, tan reteprecioso...

Y la tanda de arrumacos continuó durante un larguísimo rato, mientras el padre salía á tomar lenguas de lo que pasaba fuera, pues había temor de que llegaran malas nuevas de un momento á otro. La primera persona con quien se topó en la única calle del pueblo de Nazas, que era por entonces el refugio del Gobierno republicano, fué el famoso don Manuel de Amores, á quien ya empezaban á llamar las gentes el confidente de Doblado. El bueno de don Manuel estaba más viejo, más arruinado, más triste y más lleno de penas que lo había estado nunca. La cara, aquella cara que parecía de cuero de Córdoba por lo amojamada y terrosa, se había convertido á grandes pasos en una bolsa fétida que manaba bermellón y piedra azufre: pecas, Barros, espinillas, manchas de paño, giotes, y sobre todo, unos terribles granos que parecía iban á reventar al más mínimo contacto con el aire ambiente, le daban aspecto de uno de esos pájaros que los golosos ponen á pudrirse hasta que pierden plumas, pellejo y pico.

— Pero, don Manuel, dijo Pepe lleno de alarma, ¿qué le pasa á usted que parece que le pusieron á asolear sin cocimiento? ¡Vaya si está usted dado á Cristo!...

— Amigo, ¿qué quiere usted? Al que no está acostum-

brado á bragas las costuras le hacen llagas; yo hecho al ambiente de aquella sección cuarta de la Contaduría de glosa, que después del paraíso es el mejor lugar de este mundo y el otro, y que sirve lo mismo para trabajar, que para echar un cigarro, que para contar el chismito más reciente, que para hacer comentarios sobre el cambio de ministerio, me he visto desorientado en estos desiertos, en estos campos de soledad, mustio collado en que no ha habido nunca una Itálica famosa ni cosa que se le parezca... Por aquí ni el sol me calienta, ni me sabe el aguardiente, ni vivo, ni gozo... Yo no estaré tranquilo, amigo Pepe, hasta verme en aquel bendito aposento de mi Contaduría de glosa, que con sus vistas para la plaza del Volador es el lugar más deleitoso del mundo, digan lo que quieran los que se inclinan á la parte posterior del palacio, del lado del Correo Mayor, que no vale la cuarta parte de lo que nosotros tenemos... ¿O no, don Pepe? Dígame que miento...

— Yo no digo nada, hombre; lo único que me pasa es envidiarle á usted.

— ¿A mí?

— Sí, hombre, á usted, á usted que viste y calza...

— ¿Y por qué? ¿Se puede saber?

— ¡Ya lo creo que se puede! Le envidio porque el sol no le calienta... A fe que á mí, ya me tiene contundidos los lomos...

— Por más que usted se chancee, amigo, puede creérmelo, yo no volveré á ver más á México, á nuestra tierra... ¡Qué daría yo por oír ahora, á la hora que es, el chillido de un vendedor de juíles!...

— Bueno, y á todo esto ¿qué vientos le han corrido á usted durante el larguísimo tiempo que hace que no nos vemos?

— ¿Vientos? No han sido vientos, han sido tempestades deshechas... Y, á propósito, hombre, ¡qué bobo soy, qué necio me hizo Dios!... En fin, que con esta salud mía soy un castigo de Dios y ya no doy pie con bola... Tengo un encargo para usted, sí, sí, señor, un encarguito... ¡Pero, caramba, si ya le veo que se está relamiendo los bigotes como si les tuviera llenos de miel de panales!... Pues sí, señor, después de la correteada que nos dieron en Majoma...

— ¡Cómo! ¿pues qué, estuvo usted en Majoma?

— ¡Ojalá no hubiera estado, amigo mío, ojalá no hubiera estado!... Pasé lo que no es decible; lo vi todo, todito, tan cerca como estamos usted y yo...

— Bueno, pero desembuche usted y dígame qué encargo es ese que tiene para mí...

— ¡Ah, el encarguito, el encarguito ese! ¿no? Se lo voy á decir luego, pero antes, para que me entienda, le voy á hacer algunas explicaciones que proceden de pleno derecho...

— Atienda á que me tiene en ascuas...

— Poco á poco se anda lejos... Ya sabe usted que el jefe de la sección de tropas que nos custodia y sirve de respeto es el general González Ortega, el de Calpulálpam, el de Puebla, que por cierto, y esto quede entre usted y yo solamente, tiene tanto de general como de mago ó de astrólogo judiciario...

— Bueno, bueno, reserve usted para más tarde la calificación de las aptitudes militares de Ortega y dígame el recado ese, que ya se me quema la miel por saberlo...

— Amigo, si no tiene paciencia, no vamos á hacer nada en los días de la vida... Todo cuanto le diga no sólo no es impertinente, sino perteneciente, y vale la pena de que lo escuche despacio... Pues tiene usted que nuestro primer cuerpo de ejército había avanzado hasta la Tapona, á cuatro leguas de distancia de Porfías, donde se encontraba una fuerza francesa. Pues bien, ha de saber su merced que cuando se pensaba en salir á combatir á la tal fuerza, se recibe la noticia de que por San Miguel del Mezquital llega más gente gabacha en auxilio de la primera. Yo estaba como quien ve visicnes, pues usted comprende que el amigo Ortega no me comunicó palabra de sus propósitos y se comulgó cuidadosamente lo que pensaba hacer...

— Lo cual quiere decir que el zacatecano no es tan explícito como el guanajuatense, observó á tiempo Brambila.

Fingió don Manuel desentenderse de la alusión de su amigo y siguió con desembarazo refiriendo aquella odisea lamentable.

— Bueno, pues tiene usted que serían las ocho de la noche cuando se oyó un toque agudo de clarín que le llamó la atención al capitán Archundia, de Guanajuato, un güero él, altote, conquistador, bromista, gracioso, enamorado hasta las cachas, mejorando lo presente, y me dijo dice: «¿Oye usted, don Manuelito? Para mí que ha sonado un toque de marcha del cuartel general. ¿Qué será?» — «No se preocupe, mi capitán, le dije, que eso no ha de rezar con nosotros; vámonos, y que se cuiden los que tengan que ver en eso: el que venga atrás que arree...» Ibamos cabalmente á ver á dos niñas solas, chulísimas, como un oro y más retrecheras... Nos habíamos metido por una callejuela, cuando oimos otro toque, y el capitán dijo: «No, no cabe ni duda, novedad hay que no tiene ni qué; vámonos para llegar á tiempo.» — Por más que hice nada pude conseguir y el pobrecito capitán se me escapó de entre las manos como si hubiera sido de azogue... Seguí caminando, y á poquito andar, señor de mi alma, que veo venir á varios oficiales á toda prisa y haciendo catálogos... «¡Eh, los plumarios! me dijeron, ándele con tiento que la cosa se nos pone fea: los franceses están á la puerta y nosotros vamos á encontrarles... Como era de mi deber, fuí á hablar con mi jefe, el jefe de la intendencia, el coro-

nel Ojinaga... «Mi coronel, que aquí estoy y que mándeme usted» y lo demás del caso... Ni asunto me hizo... «Bueno, bueno, preséntese con los de Zacatecas... Allá le dirán». Y entregado á mi voluntad llegué hasta donde estaban empacando el archivo, que por cierto caminaba en tres mulas blancas muy grandotas y bien comidas... Allí volví á encontrarme al pobre capitán Archundia y «No hay acción, me dijo, todo se reduce á una salida quién sabe con qué objeto». Montamos á caballo y le anduvimos al tranco un buen rato. Yo quedé cerca de un capitán de Guanajuato y de un comandante, un tal López de Llergo, que toda la santa noche me estuvieron dando matraca: si los paisanos aquí y allá y más para acá, si corríamos á la hora de la hora, si solíamos pedir misericordia al primer tiro, si ignoramos lo más elemental del arte de matar gente, si esto y lo otro y todo lo que usted quiera... Le juro que lo que más me atormentaba no eran las tales bromitas; ya usted sabe que estoy más curtido que cuero de tambor; no, lo que me ponía furioso era no tener ni un maldito trago de cualquier cosa que meterme entre pecho y espalda... Usted dirá que me extraña porque no es esa mi constelación, ya que no pasa día sin que cebe mi limeta; es cierto, y mal se me podía olvidar ese día semejante cosa; pero, amigo, la de malas: un maldito ordenanza pasó junto á mí y, con esa brusquedad que gastan los tales, me rompió la botella sin dejarme trago á

vida. Al amanecer, que nos sorprendió en una lomita más pelona que la faltriguera de un servidor, nos encontramos frente á un poblacho que dijeron era San Miguel del Mezquital y averiguamos que no había nada de lo que buscábamos, que á cuenta era los franceses... Nueva orden para seguir la marcha y encontrar á los gabachos, que parecía se ocultaban de nuestras valientes tropas. Toda la noche habíamos caminado, y como no llevábamos abrigo, pues ¿ni quién aguardara mal tiempo después de aquel calorcito que usted ha venido conociendo?, á la madrugada allí está una helada de las de rechupete, de esas que sólo caen en las cimas de las montañas, allá por nuestros terrenos... Figúrese no más, y yo sin cobija. Pero apenas habíamos visto á San Miguel del Mezquital y andábamos procurando hacer por la vida, buscando algo que embaular, cuando llega la orden: «Hay que seguirla de jilo porque los franceses van de huída; adelante con la cruz; no hay que rajarse, que no se rajó San Francisco que apenas era de palo mulato». Tres leguas llevaríamos andadas cuando divisamos así, á nuestra derecha, cerca de una lomita, algo que parecía un matorral más grande que los ordinarios, pero que las gentes que veían bien declararon que era gente que se meneaba; «¡los franceses, los franceses!» empezaron á gritar; y no le miento, los que ya no podían ni con la fe de su bautismo, los que pedían por compasión que nos detuvié-